

9.4. RITOS FINALES O CONCLUSIVOS

Es un momento breve y sencillo, pero significativo. Este es el último momento de la Santa Misa. Aquí el sacerdote, después del saludo, nos da su bendición, con sus ojos y sus manos elevadas hacia el cielo, imitando el gesto de Jesús. Esta bendición se hace invocando a la Santísima Trinidad.

Antes de la bendición, es oportuno dar aquellos avisos que llevan a edificar la comunidad.

La inclusión es una forma poética, por la que al final vuelve al principio. No es rara en los salmos, por ejemplo, en el 102, que empieza y termina diciendo: *“Bendice, alma mía, al Señor”*. También ocurre así en la Misa.

- Saludo y Bendición Final.

Al finalizar la misa, en efecto, se vuelve al saludo de su comienzo:

“El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo: *El Señor esté con ustedes*; a lo que el pueblo responde: *Y con tu espíritu*”.

Y si la celebración se inició en el nombre de la Santísima Trinidad y en el signo de la cruz, también en este Nombre y signo va a concluirse:

“En seguida el sacerdote añade: *la bendición de Dios todopoderoso –haciendo aquí la señal + de la bendición–, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes*”. Y todos responden: *Amén*”.

El saludo y bendición final es lo central de la despedida. Es una bendición descendente que significa en el Antiguo Testamento, la efusión de Dios hacia la creación como fuente de vida, de fuerza vital, fecundidad. Se acompaña del signo de la cruz que es como el gesto de la “imposición de las manos”.

Algunas veces, quien preside puede hacer una bendición solemne, es decir, extiende sus manos hacia la asamblea, indicando la imposición de las manos, y lee tres pequeñas oraciones bendicionales, al final de las cuales hacemos nuestro acto de fe respondiendo “Amén”.

- Despedida y envío (Misión).

Son las palabras finales. La comunidad convertida, sale a realizar su misión, dando testimonio de Cristo en medio del mundo.

La palabra *Misa*, que procede de *missio* (misión, envío, despedida), ya desde el siglo IV viene siendo uno de los nombres de la eucaristía. En efecto, *la celebración de la eucaristía termina con el envío de los cristianos al mundo*.

Así como Cristo *envía* a sus discípulos antes de ascender a los cielos (cf. Mc 16, 15; Mt 28, 19), ahora el mismo Cristo, al concluir la eucaristía, por medio del sacerdote que actúa en su nombre y le visibiliza, *envía* a todos los fieles, para que vuelvan a su vida ordinaria, y en ella anuncien siempre la Buena Noticia con palabras y más aún con obras.

“*Pueden ir en la Paz de Cristo*”, es una fórmula de envío. Este envío puede ser realizado, también, por un diácono. Respondemos a la despedida y al envío: *“Demos gracias a Dios”*.

Entonces el sacerdote, según costumbre, venera el altar (como al principio de la Misa) con un beso y, hecha la debida reverencia o venia, se retira (OGMR 124-125).

Al terminar la celebración comienza una tarea para cada uno: **somos enviados como Apóstoles a construir su Reino**. La Misa se continúa celebrando en la Vida.



9.5. RESUMEN LA EUCARISTÍA

• Estructura general de la Misa

RITOS INICIALES

- Canto de entrada
- Saludo
- Rito Penitencial
- Gloria (*Dmgos o Fiestas*)
- Oración Colecta

LITURGIA DE LA PALABRA

- Primera Lectura
- Salmo
- Segunda Lectura (*Dmgos o Fiestas*)
- Evangelio
- Homilía
- Credo
- Oración Universal

LITURGIA EUCARÍSTICA

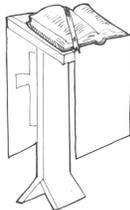
- Ofertorio
- Plegaria Eucarística
 - Prefacio
 - Santo
 - Relato de la Institución y Consagración
 - Anamnesis: Memorial de Cristo.
- Rito de la Comunión
 - Padre Nuestro
 - Rito de la Paz
 - Fracción del Pan
 - Cordero de Dios
 - Comunión
 - Acción de Gracias
 - Oración Después de la Comunión.

RITOS FINALES

- Bendición
- Despedida y Envío

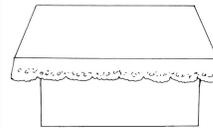
Momento o Mesa de la Palabra:

- Nos alimentamos de Dios por medio de su *Palabra*.
- La mesa donde nos alimentamos es el *Ambón*.
- Nos muestra el *camino de santidad*.



Momento o Mesa de la Eucaristía:

- Nos alimentamos de Dios en la Eucaristía (su *Cuerpo y su Sangre*).
- La mesa donde nos alimentamos es el *Altar*.
- Alimento y fuerza para nuestra alma.



• Reflexionemos

¿Qué hago yo en la Misa?

Oro: Oraciones al comienzo – Gloria – Credo – Padre nuestro – Cordero de Dios.

Escucho: Lecturas bíblicas – Homilía – Oración Eucarística (Canon)

Presento: Las ofrendas de pan y vino

Sacrificio: El Cristo que murió en la cruz lo ofrezco al Padre Eterno

Recibo: El cuerpo y la sangre de Cristo en la Comunión

- Resumen del Catecismo de la Iglesia Católica (Nº 1406 al Nº 1419)

Jesús dijo: “Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come este pan, vivirá para siempre... el que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna... permanece en mí y yo en él” (Jn 6, 51. 54. 56).

La Eucaristía es el corazón y la cumbre de la vida de la Iglesia, pues en ella Cristo asocia su Iglesia y todos sus miembros a su sacrificio de alabanza y acción de gracias ofrecido una vez por todas en la cruz a su Padre; por medio de este sacrificio derrama las gracias de la salvación sobre su Cuerpo, que es la Iglesia.

La celebración eucarística comprende siempre: la proclamación de la Palabra de Dios, la acción de gracias a Dios Padre por todos sus beneficios, sobre todo por el don de su Hijo, la consagración del pan y del vino y la participación en el banquete litúrgico por la recepción del Cuerpo y de la Sangre del Señor: estos elementos constituyen un solo y mismo acto de culto.

La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, es decir, de la obra de la salvación realizada por la vida, la muerte y la resurrección de Cristo, obra que se hace presente por la acción litúrgica.

Es Cristo mismo, sumo y eterno sacerdote de la Nueva alianza, quien, por el ministerio de los sacerdotes, ofrece el sacrificio eucarístico. Y es también el mismo Cristo, realmente presente bajo las especies del pan y del vino, la ofrenda del sacrificio eucarístico.

Sólo los presbíteros válidamente ordenados pueden presidir la Eucaristía y consagrar el pan y el vino para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Los signos esenciales del sacramento eucarístico son pan de trigo y vino de vid, sobre los cuales es invocada la bendición del Espíritu Santo y el presbítero pronuncia las palabras de la consagración dichas por Jesús en la última Cena: “Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros... Este es el cáliz de mi Sangre...”.

Por la consagración se realiza la transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Bajo las especies consagradas del pan y del vino, Cristo mismo, vivo y glorioso, está presente de manera verdadera, real y substancial, con su Cuerpo, su Sangre, su alma y su divinidad.

En cuanto sacrificio, la Eucaristía es ofrecida también en reparación de los pecados de los vivos y los difuntos, y para obtener de Dios beneficios espirituales o temporales.

El que quiere recibir a Cristo en la Comunión eucarística debe hallarse en estado de gracia. Si uno tiene conciencia de haber pecado mortalmente no debe acercarse a la Eucaristía sin haber recibido previamente la absolución en el sacramento de la Penitencia.

La sagrada comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo acrecienta la unión del comulgante con el Señor, le perdona los pecados veniales y lo preserva de pecados graves. Puesto que los lazos de caridad entre el comulgante y Cristo son reforzados, la recepción de este sacramento fortalece la unidad de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.

La Iglesia recomienda vivamente a los fieles reciban la sagrada comunión cada vez que participan en la celebración de la Eucaristía; y les impone la obligación de hacerlo al menos una vez al año.

Puesto que Cristo mismo está presente en el Sacramento del Altar, es preciso honrarlo con culto de adoración. “La visita al Santísimo Sacramento es una prueba de gratitud, un signo de amor y un deber de adoración hacia Cristo, nuestro Señor”.

Cristo, que pasó de este mundo al Padre, nos da en la Eucaristía la prenda de la gloria que tendremos junto a Él: la participación en el santo Sacrificio nos identifica con su Corazón, sostiene nuestras fuerzas a lo largo del peregrinar de esta vida, nos hace desear la Vida eterna y nos une ya desde ahora a la Iglesia del cielo, a la Santísima Virgen María y a todos los santos.